

z

## **Palestina: la existencia negada**

Teresa Aranguren

Antes de ser problema, conflicto o reverso trágico del estado de Israel, Palestina fue simplemente Palestina, lo cual es una obviedad, pero una obviedad silenciada y no por casualidad.

A comienzos del siglo XX y sin que los habitantes de la zona tuvieran conocimiento de que sus vidas y su destino colectivo habían adquirido carácter problemático, Palestina se convirtió en “The Palestinian Question”, el término que los ingleses acuñaron para dar envoltura burocrática y aséptica al proyecto sionista que había comenzado a gestarse en Europa a finales del XIX y que no solo diseñaba un futuro insospechado para la población árabe de Palestina sino que también iba a desdibujar su pasado hasta convertirlo en mero preámbulo del Estado judío. El reclamo bíblico que, aunque los fundadores del sionismo eran laicos, estuvo siempre presente en su discurso, establecía, obviando la historia real de Palestina, una imaginaria línea de continuidad entre los tiempos bíblicos y el actual Estado de Israel. Así, de un plumazo, el pasado de esta región del Próximo Oriente del que quedan abundantes testimonios desde tiempos prehistóricos, se vio reducido a los relatos de aquella Historia Sagrada que se impartía en las clases de religión del viejo bachillerato y que, si bien es **sagrada** para muchos, desde luego **no es la Historia de Palestina**. De hecho, dista mucho de ser Historia a no ser que incluyamos en tal categoría toda la variedad de narraciones mitológicas: babilónicas, griegas, hindúes, aztecas y tantas otras **historias sagradas** con las que los seres humanos han buscado entroncar su azarosa y efímera existencia con un origen trascendente y sobrenatural. Uno de los factores que sin duda facilitaron esta sustitución de la Historia de Palestina por la Historia Sagrada es el hecho de que los mitos bíblicos sean también “los nuestros”, los del Occidente cristiano. Al fin y al cabo, Yahveh, Abraham, Moisés, David son nombres familiares en el mundo occidental, más aún en el de raíz luterana y por extensión en todo el mundo protestante anglosajón.

El conflicto de Oriente Próximo es antiguo, pero no ancestral, no se hunde en la profundidad de los tiempos ni está inscrito en los genes de sus gentes. Su origen no es bíblico sino moderno, tiene fecha de nacimiento y se podría decir, continuando con el símil, que padres reconocidos. El drama no se gesta en Oriente sino en Europa y responde desde el primer momento a intereses y aspiraciones ajenas al pueblo de Palestina y a los pueblos de la región.

A finales del siglo XIX, la confluencia de intereses de dos fenómenos estrictamente europeos, el colonialismo, especialmente el del Imperio Británico, y el movimiento sionista fundado en esos años por el periodista judío austriaco, Theodor Herzl, puso en marcha un proyecto que no solo ignoraba los deseos y aspiraciones de la población de Palestina, sino que implicaba borrar la realidad de su existencia presente y pasada. Y secuestrar su futuro.

“**Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra**” proclamaba el eficazísimo eslogan del judío británico, Israel Zngwill, que en aquellos años finales del siglo XIX se convirtió en la carta de presentación del movimiento sionista cuando buscaba el apoyo de las potencias europeas y especialmente del Imperio Británico.

El problema es que ese eslogan era radicalmente falso. Palestina nunca fue un espacio vacío, nunca fue una tierra sin pueblo, nunca fue un desierto esperando que colonos europeos le hicieran florecer.

En 1875 dos viajeros españoles, José María Fernández Sánchez y Francisco Freire Ferrero, catedráticos ambos de la Universidad de Santiago de Compostela, tras un recorrido por Tierra Santa, describían así la región de Yafa:

“Existen extensos bosques de granados, naranjos, limoneros, manzanos, cañas de azúcar y palmeras. Sus preciosos jardines tienen gran variedad de plantas, huertos con toda clase de legumbres y hortalizas, regados todos con agua sacada de multitud de norias. ... Posee unos extraordinarios jardines que posiblemente dan las primeras naranjas del mundo... Son los mejores naranjales del mundo. \*1

En 1891, el escritor Arthur Ginsberg, judío ruso de Odessa, que solía firmar con el seudónimo de Ahad Ha'am, realizó un viaje por Palestina tras el cual escribió el artículo-ensayo “Verdad de la Tierra de Israel”. Su descripción de esa tierra que precisamente en esas fechas comenzaba a ser catalogada de “sin pueblo” es muy ilustrativa:

Tenemos la costumbre de creer, los que vivimos fuera de Israel, que allí la tierra es ahora casi completamente desértica, árida e incultivada y que cualquiera que quiera adquirir tierras allí puede hacerlo sin ningún inconveniente. Pero la verdad es muy otra. En todo el país es difícil encontrar campos cultivables que no estén ya cultivados, solo los campos de arena o las montañas de piedras que no sirven para plantaciones permanecen sin cultivar ... Si llegase el día en el que la implantación de nuestro pueblo en el país de Israel se desarrollase hasta el punto de que hiciera retroceder, aunque solo fuera un poquito a la gente del país, esta gente no abandonaría la tierra tan fácilmente... \*2

Los dos grandes mitos inaugurales del sionismo, la tierra vacía, y el desierto hecho florecer, son fácilmente desmontables, pero han sido y siguen siendo muy eficaces a la hora de borrar la existencia del pueblo de Palestina. A veces la propaganda es más eficaz que los datos y los hechos, sobre todo si cuenta a su favor con intereses poderosos y con el caldo de cultivo de los prejuicios, los estereotipos y el racismo inherente al pensamiento colonial que perdura, aunque ya no tengamos colonias, en Occidente.

Los primeros asentamientos del movimiento sionista se establecieron en la década de 1880, en la fértil llanura costera al norte de Yafa. La sociedad palestina de entonces no estaba cerrada al contacto con extranjeros, al fin y al cabo, era Tierra Santa y la llegada de peregrinos era un fenómeno habitual que contribuía al desarrollo económico y comercial de la región. Algunos de aquellos devotos peregrinos, como los alemanes de las sociedades templarias o la colonia americana de Jerusalén, se asentaron de modo permanente en la zona y llegaron a formar parte de las elites culturales de la sociedad palestina de entonces.

La diferencia fundamental con los colonos sionistas estriba en que estos últimos traían consigo un proyecto de “construcción nacional” que conllevaba la desposesión de los habitantes del país. El objetivo final de la colonización sionista de Palestina no era el sometimiento y el control político y económico de la población autóctona, sino su sustitución por otra.

Con la segunda “aliya”, que llegó a Palestina ya entrado el siglo XX, la política de exclusión de la población local se afianzó hasta convertirse en uno de los pilares del

avance sionista. La primera cláusula que figuraba en el contrato por el que el Fondo Nacional Judío adjudicaba tierras a una familia de nuevos colonos, era que sólo podían utilizar **trabajo judío**:

“El arrendatario se compromete a ejecutar cualquier trabajo relacionado con el cultivo de la propiedad usando mano de obra exclusivamente judía...el contrato también dispone que la tierra no podrá ser concedida ni legada a alguien no judío...”\*3

Probemos a cambiar el término judío por blanco y el radical racismo de esta fórmula se hace más evidente. La exclusividad del “trabajo solo para judíos” supuso la expulsión de los campesinos árabes que cultivaban esas tierras desde generaciones en régimen de aparcería. Los primeros choques, aún esporádicos, de los nuevos colonos y la población local, se producen cuando los campesinos recién expulsados de sus aldeas intentan volver a sus labranzas o a recoger las cosechas y se enfrentan con milicias armadas defendiendo el asentamiento.

Todo se aceleró con el estallido de la Gran Guerra que significó el fin del Imperio Otomano y el Austrohúngaro. Durante la contienda, el Alto Comisionado británico en Egipto, Sir Henry McMahon, se había comprometido en nombre de su gobierno a reconocer y apoyar la independencia de las provincias árabes del Imperio Otomano a cambio de que los árabes se alzaran contra los turcos. Pero al mismo tiempo, Sir Arthur James Balfour, ministro de exteriores de Su Majestad Británica, en carta dirigida al barón Lionel Walter Rothschild, prometía el apoyo de Gran Bretaña al proyecto sionista.

La famosa Declaración Balfour era en realidad una simple misiva de carácter personal sin validez legal alguna. Pero la legalidad importa poco cuando choca con los intereses del Imperio. Y esos intereses estaban del lado del movimiento sionista. Con una mezcla de cinismo y franqueza el ministro de exteriores británico Lord Balfour lo expresaba así:

“En Palestina ni siquiera nos proponemos pasar por la formalidad de consultar los deseos de los habitantes del país. Las cuatro grandes potencias están comprometidas con el sionismo y el sionismo, correcto o incorrecto, bueno o malo, está anclado en antiquísimas tradiciones en necesidades actuales y en esperanzas futuras de mucha mayor importancia que los deseos y reservas de los 700.000 árabes que habitan esta antigua tierra”.\*4

El 9 de diciembre de 1917, tras la rendición de las tropas turcas, el ejército británico al mando del general Allenby entró en Jerusalén. Palestina quedó bajo control militar británico hasta que en julio de 1922 la Sociedad de Naciones estableció el Mandato Británico sobre Palestina que incluía el compromiso de la potencia mandataria con la Declaración Balfour, es decir, con la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina.

Según el censo de la Administración británica realizado en 1922, la población de Palestina era entonces *de 762.000 habitantes, de los cuales el 76,9% eran musulmanes, el 11,6% cristianos, el 10% judíos y el 0,9% de otras confesiones.*

Al amparo del Mandato Británico, la colonización sionista de Palestina adquirió carácter sistemático y masivo, al tiempo que las protestas de la población autóctona se generalizaron por todo el territorio. A mediados de los años treinta, el clima era ya de rebelión total.

En 1936, tuvo lugar la gran revuelta palestina, la primera Intifada, que comenzó con una huelga general de seis meses de duración que paralizó el país y derivó en disturbios y enfrentamientos armados reprimidos por el ejército británico con extrema dureza. La revuelta duró, como la guerra civil española, tres años. En mayo de 1939, el Gobierno británico publicó el Libro Blanco en el que atendía en parte las reclamaciones árabes, la más importante era la celebración de un referéndum de autodeterminación en Palestina en el plazo máximo de 10 años.

Este giro de la política británica suponía un duro golpe al proyecto sionista y los sectores más extremistas del sionismo, el Irgun, el Stern y el Lehi, desencadenaron una oleada de atentados terroristas contra británicos y árabes. El más letal fue la voladura del hotel King David, sede de la Administración británica en Jerusalén, en julio de 1946. Hubo 91 muertos. Seis meses después Gran Bretaña renunciaba al Mandato sobre Palestina y dejaba el tema en manos de la recién creada ONU. Las promesas hechas a los palestinos no iban a cumplirse nunca.

El 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó la resolución de Partición de Palestina en dos estados, uno árabe y otro judío. El plan otorgaba el 56% del territorio al futuro estado judío y un 43% al estado árabe, el área de Jerusalén quedaba bajo estatus internacional. Los países árabes la rechazaron alegando que violaba el derecho de autodeterminación del pueblo palestino; el movimiento sionista la recibió con júbilo.

La población de Palestina en ese momento era de 1.972.000 habitantes de los cuales 608.000, una tercera parte, eran judíos. En cuanto a la propiedad de la tierra el 47,7% era propiedad privada árabe, un 46% propiedad comunal árabe, un 6,6% era propiedad judía. ¿Cómo construir un estado judío si no se tiene ni la mayoría demográfica ni, más grave aún, la propiedad de la tierra?

Las primeras operaciones militares para “vaciar” el territorio de su población árabe comenzaron en diciembre de 1947, apenas una semana después de la aprobación de la resolución de Partición de Palestina. Todos los grupos armados del movimiento sionista, desde el Irgun o el Stern, considerados en esa época “grupos terroristas” por los británicos, hasta el Haganah y el Palmach, embriones del futuro ejército israelí, participaron en la campaña de “limpieza del territorio”. El 10 de marzo de 1948, Ben Gurion dio luz verde al llamado Plan Dalet que diseñaba la estrategia a seguir en las operaciones de vaciado de población. Entre las recomendaciones del plan figura el siguiente párrafo:

“Estas operaciones pueden llevarse a cabo de la siguiente manera: ya sea destruyendo las aldeas (prendiéndolas fuego, volándolas y poniendo minas entre los escombros) y en especial aquellos asentamientos que resulta difícil controlar de forma constante; o bien organizando operaciones de peinado y control según estas directrices: se rodea las aldeas, se realiza una búsqueda dentro de ellas. En caso de resistencia, los efectivos armados deben ser liquidados y la población expulsada fuera de las fronteras del Estado”. \*5

El 9 de abril de 1948, los grupos armados Irgun y Stern, (entre cuyos dirigentes figuraban dos futuros primeros ministros de Israel, Menahem Beguin y Yitzak Shamir, llevaron a cabo la matanza de la aldea de Deir Yassin. El delegado de Cruz Roja en la zona, Jacques Reynier, fue la primera persona en llegar al lugar cuando las milicias aún estaban allí

Entre la tropa había algunos muy jóvenes, casi adolescentes, todos en vestimenta

militar y con casco, hombres y mujeres armados hasta los dientes con pistolas, metrallas, granadas y también grandes cuchillos, la mayoría aún ensangrentados, una joven muy bella me mostró el suyo aun goteando sangre como un trofeo... Me abrí paso entre ellos y entré en una casa. La primera habitación estaba a oscuras con todo en desorden, pero no se veía a nadie, en la habitación contigua encontré bajo los muebles y los colchones reventados varios cadáveres ya fríos. La operación de limpieza la habían hecho primero con ametralladoras, después con granadas y finalmente con los machetes sin ninguna preocupación porque no se descubriese. La misma escena encontramos en la siguiente habitación, pero en el momento en el que iba a salir escuché lo que parecía un suspiro. Removí los cadáveres hasta que toqué un pequeño pie que aún estaba caliente. Era una niña de diez años, estaba malherida por una granada, pero aún viva. La cogí en brazos y uno de los oficiales intentó cerrarme el paso en la puerta, le empujé y salí con mi preciado fardo...Revisamos las otras casas y en todas encontramos el mismo espeluznante escenario. Sólo encontramos otras dos personas vivas, dos mujeres, una de ellas una anciana acurrucada entre los fogones, llevaba horas escondida allí...”\*6.

La matanza de Deir Yassin no fue la más letal de las llevadas a cabo por las milicias sionistas, pero sí fue la más conocida porque, tal como señalaba Jacques Reynier, sus perpetradores no pretendieron ocultarla, más bien al contrario querían que se conociese, era parte de una estrategia de terror para conseguir la huida “espontánea” de la población árabe de las zonas rurales de Palestina. Un patrón que se repitió con asiduidad fue el de rodear las aldeas y emitir a través de altavoces un mensaje a sus habitantes: “*O abandonáis el pueblo u os pasará lo de Deir Yassin*”.

El 14 de mayo de 1948, el ejército británico abandonó Palestina, el 15 de mayo, Ben Gurión proclamó el estado de Israel y al día siguiente, estalló la primera guerra árabe-israelí. Los ejércitos árabes, Egipto, Jordania, Siria y Líbano, contaban con 20.000 soldados, muchos de ellos voluntarios sin experiencia militar y carecían de un mando unificado; las fuerzas israelíes tenían una excelente preparación militar, muy buen armamento y un número muy superior de combatientes, “**solo la Haganah contaba con más de cincuenta mil efectivos, la mitad de los cuales habían sido entrenados por los británicos**”\* explica en su libro “La limpieza étnica en Palestina” el historiador israelí Ilan Pappé.

El eco de la matanza de Deir Yassin y las alarmantes noticias que comenzaron a llegar a la prensa occidental, hicieron que Naciones Unidas decidiese enviar a la zona al ex director de la Cruz Roja sueca, el conde Folke Bernadotte, con la misión de investigar los hechos. Bernadotte llegó a Palestina el 20 de mayo de 1948, cinco días después de la proclamación del estado de Israel y cuando las operaciones de “limpieza” estaban en pleno apogeo. Estuvo en la región más de tres meses, antes de redactar un informe que resultaba demoledor para el recién creado gobierno israelí.

Numerosos informes de fuentes fiables hablan de robos, pillaje, saqueos a gran escala y casos de destrucción de aldeas sin aparente necesidad militar. La responsabilidad del gobierno provisional israelí de devolver la propiedad privada a sus dueños árabes y de indemnizar a esos dueños por la propiedad destruida desenfrenadamente es clara...\*7

El 17 de septiembre de 1948, al día siguiente de haber entregado y firmado su informe, Bernadotte fue asesinado en una calle de Jerusalén, junto al observador de Naciones Unidas, André Serot, por dos pistoleros del Irgun. Pero el informe Bernadotte fue la

base para la aprobación en diciembre de 1948 de la resolución 194 de Naciones Unidas que establece el derecho de todos los refugiados palestinos a regresar a sus hogares y a ser indemnizados por los bienes perdidos. También sirvió de base a la creación de la UNRWA, agencia de Naciones Unidas para atender a la población desplazada de Palestina. El asesinato de Bernadotte, una figura de gran prestigio por su trayectoria y compromiso con el trabajo humanitario provocó conmoción y escándalo en Europa. Pero no pasó nada. La impunidad israelí fue desde el primer momento factor determinante en la perpetuación del drama. Todo puede pasar, las matanzas de la limpieza étnica, la invasión de un país vecino, la ocupación y colonización del territorio de otra nación o el actual genocidio contra el pueblo palestino en Gaza, sin que pase nada. No es solo pasividad, es complicidad. La complicidad de Gran Bretaña, de Estados Unidos y de gran parte de los países occidentales.

Más de cuatrocientas localidades palestinas, algunas fuentes elevan esta cifra a más de 500, fueron destruidas entre 1947 y 1952. Los nombres de la mayoría ya no figuran en los mapas, todo vestigio de su existencia quedó borrado, casas, huertos, veredas, retazos de paisaje que habían sido paisajes de infancia, escenarios de vidas de gentes a lo largo de generaciones, pasaron al limbo de lo no existente.

Cuando se firmó el armisticio que puso fin a la primera guerra árabe israelí, en julio de 1949, el número de desplazados palestinos registrados en Naciones Unidas era ya de 990,000; el nuevo estado había conquistado más territorio del que le asignaba el Plan de Partición de Naciones Unidas, las fronteras de Israel abarcaban el 78 % de la Palestina histórica. Al otro lado de esas fronteras cerca de un millón de personas se habían convertido en refugiadas. Nunca se les permitió volver.

Noviembre 2023: El hombre, con la cara cubierta de polvo y los brazos abiertos en cruz, grita a cámara “*esto ya lo vivió mi abuelo*”. Detrás de él se ven los escombros de los edificios bombardeados y se escuchan los gritos de quienes escarban entre ellos buscando supervivientes. La escena se emitió en televisión semanas después del comienzo de la operación del ejército israelí en Gaza. Para entonces ya era evidente que no era una intervención militar como las que periódicamente sufría la población de Gaza. Tampoco la temida e inevitable respuesta a la matanza que Hamás y otros grupos armados palestinos habían llevado a cabo el 7 de octubre de 2023, en territorio israelí. Lo que estaba en marcha era una campaña de exterminio. Una especie de “solución final” en la que el bulo de la tierra vacía lanzado por el movimiento sionista en el siglo XIX se hace realidad en el siglo XXI. Tierra palestina vacía de población palestina, el sueño del sionismo. Y del actual gobierno israelí.

El hombre que grita a cámara o, habría que decir, gritaba porque probablemente ya esté muerto, era un refugiado del 48. Más del 70% de la población de Gaza son refugiados del 48. En realidad, todo palestino, sea o no refugiado, puede decir esa frase que expresa la auténtica dimensión del sufrimiento de su pueblo: “esto ya lo vivió mi abuelo”. El genocidio que Israel está llevando a cabo con total impunidad ante los ojos del mundo no empezó el 7 de octubre de 2023.

Teresa Aranguren

*1 José María Fernández Sánchez y Francisco Freire Barreiro, Santiago, Jerusalén, Roma: Diario de una peregrinación a estos y otros Santos Lugares en el año del jubileo*

universal de 1875. Cit. por Pedro Martínez Montávez en *Pensando en la historia de los árabes*. Ed Cantarabia, 1995.

\*2. *Ehad Ha'am, Verdad de la Tierra de Israel*, 1891. Citado por Ilan Halevi en “*Sous Israël, la Palestine*” Ed Le Sycomore, París, 1978.

\*3 *Sir John Hope Simpson, Report on Immigration, Land Settlement and Development in Palestine*, 1930.

\*4<sup>1</sup>. *Documents on British Foreign Policy 1919-1939*. Sir Arthur James Balfour. Citado en *Palestina, los árabes e Israel*, Henry Cattán, Siglo XXI editores

\*5 Ilan Pappé. *La Limpieza étnica en Palestina*. Barcelona. Ed Crítica, 2008.

\*6 Jacques Reynier “*A Jérusalem un drapeau flottait sur la ligne de feu*”. Cit en « *The gun and the olive branch* » David Hirs. Londres Faber & Faber 2003

\*7 *Documentos de Naciones Unidas A/648.16 de septiembre de 1948*. Cit por Henry Cattán en “*Palestina, los árabes e Israel*” México, Siglo XXI editores, 1971.